



EL VIEJO TAXI DE PUEBLO, QUE SE QUEDO SIN LOS CABALLOS DE SU MOTOR

De todos los juguetes de hojalata que integran mi maravillosa colección, los únicos que poseí en mi infancia son el motorista y el taxi de pueblo. Esto puede indicar muchas cosas, y de todas ellas la más cierta es que fui un niño de no sobrados juguetes, entre los que piezas como las mencionadas eran auténticas joyas.

La posesión del taxi fue incompleta, toda vez que llegó a mis manos ya usado, y faltó nada menos que de una rueda. De esto puede hacer ahora veinte años, y sucedió en Arenas de San Pedro. Veraneábamos en una casa alquilada a las afueras del pueblo, y todas las tardes nos llevaba la tata a mis hermanos y a mí a un pinar que distaba como kilómetro y medio. En “Los pinos”, situados a la vera de un umbrío camino que lleva al Santuario de San Pedro de Alcántara, se centraba la infancia veraneante de aquellos calurosísimos estíos de principios de la década de los cincuenta. Jugábamos a las familias, y a mí siempre me tocaba representar al hijo pánfilo, cosa que no me hacía la menor gracia. Otras veces, me encaramaba a lo alto de algún risco de forma caprichosa y hacía de él mi castillo, y en ocasiones, pedruscos de oblonga silueta eran convertidos por mi imaginación

en briosos caballos o en veloces coches.

Una tarde mi hermana Paloma encontró la preciada reliquia: ¡un maravilloso taxi amarillo y rojo!. La falta de la mencionada rueda nos pareció un detalle sin importancia. Alguien sugirió la posibilidad de arreglarlo haciendo una “chapucilla”, esto es, sustituyendo la primitiva rueda radiada de hojalata por una más rudimentaria aún hecha con un trozo de cartón de caja de zapatos, que era por entonces uno de los pocos materiales de que podía disponer todo el mundo. Se inventó el remedio, y pude disfrutar al fin del preciado juguete. Pero su vida debió ser efímera, porque solo guardo en mi memoria el hallazgo y la reparación, sin que recuerde mayores aventuras llevadas a cabo con el vehículo.

La expectativa con que recibíamos entonces este taxi de pueblo, o cualquier juguete de su especie, se explica en razón de la carestía y escasez que había en España de todos los artículos de consumo. Incluso creo que había menos mariposas que ahora y eso que las mariposas no se consumían ni en el cocido. Ese horizonte pobre, sudoroso y nublado por las moscas, que pude ver en los primeros años de mi infancia, revalorizaba a nuestros ojos el papel de los juguetes, en cuyo mundo la hojalata era el material rey. Tan pobres estábamos de recompensas materiales para nuestros sueños, que mi imaginación era capaz de transformar un vulgar cartón de tabaco en un coche de bomberos. Esto se explica con mayor detenimiento en otro capítulo.

Todas estas historias tocan sólo tangencialmente al taxi de pueblo. Se refieren a mis vivencias en torno al primer taxi de pueblo que tuve, coincidente en el tiempo con una etapa hipersensible típica de niño con pantalones heredados y tomates en los calcetines.

Pero el taxi de pueblo tiene su vida propia, como todos mis juguetes. Su aspecto, ciertamente, es un tanto tenebroso, como el de una calavera con los ojos vacíos. Hay en él un algo de tremendismo ibérico, una quintaesencia de la España negra solanesca que sale a borbotones por sus desangeladas ventanas. El espíritu de sus viajeros permanece aún en su interior, y eso imprime carácter.

Así, recurriendo al archivo de la fantasía, se me ocurre que en él fueron la Señora Benita y su marido el Bonifacio a la capital, con el Benitín dando pataletas porque se les moría “de un aire”. Luego resultó que el Benitín lo único que tenía era un hambre mal entendida, y con

un tratamiento de filetes que a los sufridos padres les costó una fortuna se arregló todo. Hoy el Benito es heladero, y mantiene un hogar cristiano con sobrada dignidad.

Más hermosa fue la historia de Crisanto Parrondo, que un día, ya mozo, ingresó en caja. Con ese nombre tan musical sólo podía ir destinado a caballería, donde al tiempo que pronunciaba su patronímico iba marcando al caballo el ritmo del trote. Crisanto Parrondo dejó una novia en el pueblo, y continuó sus relaciones mientras estuvo en la mili merced a unas apasionadas cartas de amor. Un día, poco antes de licenciarse, dejó de recibir contestación, pero pensó que era un olvido de Engracia, su novia. Cuando se licenció, volvió en tren hasta la estación del pueblo, que distaba unos kilómetros de su casa. Como se sentía boyante de dinero, no se anduvo en remilgos y alquiló el taxi de marras pensando en sorprender a su novia con la sonrisa de triunfador motorizado, que por entonces impresionaba mucho.

Pero ¡ay!, la Engracia se había olvidado de él, y estaba a punto de casarse con el hijo del dueño del comercio de ultra marinos y coloniales. La decepción de Crisanto fue tremenda. Así que lo supo subió de nuevo al taxi, se arrodilló ante su cuadro de mandos y le suplicó sollozante.

- Anda, taxicito, se bueno. Yo se que los coches tenéis caballos, así que dame uno. Volveré a montarlo, y con el tiempo llegaré a ser un buen jinete. A lo mejor hasta llego a hacer cine, y si no lo consigo, daré la vuelta al mundo a sus lomos. Sólo así podré olvidar mi desengaño.

El chofer del taxi le miraba y señalaba con el dedo índice la sien.

- Está pirao - proclamaba- Lamili y el desengaño le han hecho perder los cabales. Pobracillo.

Pero se conoce que el taxi también tenía su corazoncito. Largamente generoso, no se conformó con satisfacer la petición del desdichado Crisanto Parrondo y le dió los doce caballos de su motor, quedándose sin potencia.

Entonces Crisanto puso una escuela de monta. Un día conoció a una bella amazona, y se casó con ella y fue feliz.

A cambio de tanta dicha, el humildísimo taxi fue para siempre una pieza de museo, un alma sin

cuerpo, por paradójico que parezca, un héroe mutilado. Esa es la grandeza de su carrocería, que yo guardo como reliquia de una hidalguía que jamás taxi en el mundo podrá igualar.

Luis Figuerola-Ferretti Gil